

MBUYI KABUNDA

Guerra en la República Democrática del Congo

Tierra, minerales y corrupción

Desde hace cuatro años el Congo-Zaire se ha hundido en una atroz guerra en la que están implicadas fuerzas gubernamentales y movimientos insurreccionales locales y de los países de la zona, convirtiéndose en lo que algunos observadores califican de "primera gran guerra africana". Sus principales características son la aniquilación de combatientes sin tomar prisioneros y más de 2 millones de muertos. Esta guerra ha pasado por dos etapas, con unos protagonistas que han cambiado de alianzas y objetivos en función de las circunstancias y de nuevos intereses. La lucha por el poder ha sido desplazada por el control de las riquezas del suelo y el subsuelo.

Mbuyi Kabunda es profesor del Grupo de Estudios Africanos de la Universidad Autónoma de Madrid

La guerra del Congo se origina en el conflicto de la región de los Grandes Lagos, donde existe la más alta densidad de población del continente y cuyas poblaciones, repartidas en una decena de países, comparten lazos históricos y culturales que determinan su destino.

La victoria del Frente Patriótico Ruandés (FPR), a raíz del genocidio de Ruanda en abril de 1994, y el golpe de Estado de julio de 1996 en Burundi, permitieron a la minoría tutsi de ambos países confiscar el poder con el apoyo de Uganda. Con ello se trasladó el conflicto étnico tutsi-hutu —fomentado en décadas anteriores por la colonización belga, que creó un complejo de superioridad en unos y de frustración en otros, y por los integrismos étnicos de ambos bandos—¹ hacia la zona oriental del Congo-Zaire, donde se refugiaron los responsables hutus del genocidio, es decir, el ejército derrotado de Ruanda (las ex Fuerzas Armadas Ruandesas, FAR) y los *interahamwes*. Esto se comprobó en los campos de refugiados, a donde, a la sombra de la "operación Turquesa" francesa, se trasladó el Gobierno anterior de Ruanda con todo el aparato del Estado (ejército, bancos,

¹ J-P. Chrétien, *L'Afrique des Grands Lacs. Deux milles ans d'histoire*, Aubier, París, 2000, p. 309 y ss.

municipalidades, transportes). Desde allí se iniciaron los preparativos de retorno mediante una invasión —con el respaldo del ejército de Mobutu Sese Seko, el entonces mandatario zaireño— ante la indiferencia de la comunidad internacional, que no hizo nada para separar a los genocidas de los verdaderos refugiados. Antes al contrario, alimentó estos campos, donde el “Gobierno ruandés en exilio” cobraba un impuesto revolucionario a los refugiados, presionó al Gobierno zaireño para que no los expulsara e incluso apoyó el envío de una fuerza internacional propuesta por Francia, que hubiera salvado al régimen de Mobutu. Estados Unidos se opuso a su creación y despliegue, a favor de una solución militar defendida por Ruanda y la Alianza de las Fuerzas Democráticas para la Liberación del Congo-Zaire (AFDL).

Para protegerse de las milicias hutus, que organizaban incursiones contra Ruanda, Burundi y Uganda, estos países decidieron apoyar la rebelión congoleña de la AFDL, encabezada por Laurent-Désiré Kabila,² en su lucha contra la dictadura de Mobutu. El objetivo era destruir los campos de refugiados, en particular su estructura militar, separando a los verdaderos refugiados (que podrían regresar a Ruanda) de los genocidas, que había que aniquilar o alejar hacia el interior del Congo-Zaire. De esta forma quedarían separados de la frontera ruandesa por un territorio-colchón controlado por los aliados tutsis congoleños de origen ruandés, los banyamulenges. La concreción de este plan, concebido por el general Paul Kagame, llegó en primer lugar a la región de Kivu y después hasta Kinshasa, tras la insistencia de Angola, que se sumaría a esta campaña contra el régimen de Mobutu. De este modo se crearon tensiones anteriormente inexistentes entre las distintas nacionalidades, que las dictaduras tambaleantes de la zona opusieron unas contra otras para aferrarse en el poder.

Para hacer frente a la amenaza procedente de los campos de refugiados del este de Zaire, el nuevo poder ruandés encontró una excusa perfecta en la persecución de los banyamulenges (instalados desde hace varios siglos en el territorio congoleño) por parte del poder mobutista y en la descomposición del Estado zaireño, en particular de su ejército. La guerra sucia, de destrucción de los campos de refugiados, se confió a la AFDL.

Tres factores, pues, llevaron a la primera guerra del Congo-Zaire:³ el cambio político en Ruanda en 1994, a manos del FPR de liderazgo tutsi; la agudización de las tensiones políticas en el Kivu con la llegada a esta provincia congoleña de centenares de miles de refugiados ruandeses y burundeses (con el consiguiente desarrollo de sentimientos xenófobos en las nacionalidades locales, por temor a la invasión y conquista de los ruandeses); y, por último, la ofensiva militar de la AFDL

² Este antiguo guerrillero marxista-lumumbista, de la década de los sesenta y setenta, mantuvo un maquis antimobutista en el triángulo Uvira-Fizi-Baraka (en el Kivu) antes de convertirse en hombre de negocios. Fue designado portavoz de la AFDL por su legitimidad histórica en la lucha contra la dictadura de Mobutu, sus antiguas amistades con los dirigentes de la zona, en particular con Julius Nyerere y Yoweri Museveni, y por ser políglota (habla swahili, francés e inglés). Terminó autoproclamándose presidente de la AFDL y más tarde de la RDC.

³ J-C Willame, “Laurent-Désiré Kabila: les origines d’une anabase”, en *Politique Africaine*, nº 72, París, diciembre de 1998, pp. 70-73.

de Kabila, con el apoyo de Ruanda, Burundi, Uganda, Angola, Zimbabue, Suráfrica y las multinacionales mineras.⁴

En definitiva, el cambio político en el Congo y la toma del poder por un Kabila que no disponía de tropas y medios propios se explica por:

- el antimobutismo popular, debido a la desaparición del Estado y la interminable transición democrática; el previo debilitamiento del régimen de Mobutu por la lucha pacífica de la oposición interna, que preparó el terreno a la victoria militar de Kabila; y la negativa del ejército mobutista a combatir, desanimado por la enfermedad terminal de Mobutu, que lo dejó en manos de unos generales más propensos a los negocios y saqueos que a defender el territorio nacional.
- el antimobutismo regional: la revancha de los países vecinos contra la política de desestabilización a la que les sometió Mobutu Sese Seko mediante el apoyo, en décadas anteriores, a sus movimientos de rebelión, junto con la determinación de acabar con una dictadura corrupta y anacrónica en el marco de un nuevo orden regional.
- la obsesión de los tutsis por encargarse ellos mismos de su seguridad, tras el genocidio de 1994 y los pogromos antitutsis en el Kivu, por medio del control del poder político y militar en los países de los Grandes Lagos, aspecto éste que conducirá a la segunda guerra.

Todos estos factores combinados explican el fracaso de la “contraofensiva total y fulminante” anunciada por el Gobierno zaireño en enero de 1997, y que no pudo impedir la victoria final de los niños soldados de Kabila, los *kadogos*. El gran artífice de dicha victoria fue el entonces vicepresidente y actual presidente de Ruanda, general Paul Kagame.

De la “tutela ruandesa” a la segunda guerra del Congo

Los primeros meses del Gobierno de Kabila se caracterizaron por una confusión total, a causa de la existencia de varios centros de poder político y militar. Más de uno se preguntaba quién gobernaba efectivamente en Kinshasa, al ser tan abrumadora la presencia en los círculos del poder de militares y cuadros ruandeses tutsis y sus aliados banyamulengues. Esta presencia dio la impresión de un “secuestro” de Kabila, a quien se impidió contactar con la población de Kinshasa. El resultado fue el desarrollo de sentimientos xenófobos antitutsis en la población congoleña y en los partidos de la oposición interna, que Kabila excluyó del poder a favor de sus aliados angloparlantes y swahiliparlantes.

El nuevo mandatario se creó una imagen internacional bastante negativa al impedir u obstaculizar sistemáticamente las investigaciones de Naciones Unidas

Los primeros meses del Gobierno de Kabila se caracterizaron por una confusión total, a causa de la existencia de varios centros de poder político y militar

⁴ Etiopía y Eritrea, aliados de Uganda y del Ejército de Liberación del Sur de Sudán (SPLA), participaron en esta coalición, aunque en un menor grado, contra un Mobutu que colaboraba con el régimen de Jartum contra la guerrilla del sur de este país.

sobre la desaparición de 200.000 a 300.000 refugiados hutus ruandeses —que se habían adentrado en territorio congoleño tras la ofensiva de las tropas ruandesas y de la AFDL— para proteger a sus aliados ruandeses, que se tomaron la justicia por su mano y cometieron un contragenocidio tutsi para vengar a las víctimas del genocidio hutu de Ruanda. A esto se sumó la ausencia de una verdadera política de reconciliación y democratización del país, las violaciones de los derechos humanos, el no respeto de los contratos firmados con las compañías mineras durante la guerra de liberación y la pugna permanente con las potencias occidentales, en particular Estados Unidos, Francia y Bélgica.

Kabila debió afrontar el grave problema de reinstaurar la inexistente autoridad del Estado y la seguridad, como consecuencia de varios años de ingobernabilidad por el régimen de Mobutu y de la existencia de claras tendencias secesionistas en algunas provincias del país. Para ello decidió liberarse de la influencia de Ruanda y Uganda con la creación de las Fuerzas Armadas Congoleñas (FAC), integradas por tropas tutsis, katangueñas y de las ex Fuerzas Armadas Zaireñas de Mobutu, es decir, un ejército sin ninguna coherencia y con distintos tratos.

Kabila se apoyó claramente en el grupo katangueño mediante un proceso de “katanganización” del poder (Katanga es su provincia de origen), al igual que Mobutu había hecho con los ngbandi, su etnia. Este proceso tuvo como principal objetivo la eliminación de sus adversarios políticos y compañeros de la AFDL, entre ellos el general André Kisase Ngandu —jefe militar y segundo hombre fuerte de la AFDL, que encarnaba el ala del nacionalismo lumumbista— durante la guerra de liberación en enero de 1997. También se detuvo al comandante Anselme Masasu Nindinga, jefe de los niños soldados del Kivu, y se marginó a Déogratias Bugera, responsable de los banyamulenges. Se produjo así la confiscación del poder, mediante la prohibición de las actividades de los partidos políticos y la exclusión de sus aliados tutsis banyamulenges. O, como puntualiza Colette Braeckman,⁵ Kabila se encontró en el centro de tremendas contradicciones, preso de sus ideas revolucionarias no renovadas de la década de los sesenta, de su entorno integrado por los katangueños, de sus amigos de la diáspora —omnipresentes en los pasillos del poder—, de muchas zonas oscuras constituidas por sus secretos de guerra, y de sus aliados ruandeses y ugandeses, que le habían ayudado a tomar el poder.

Todas las condiciones para el estallido de una nueva guerra surgieron con la no resolución de los factores que habían conducido a la primera y, en particular, por la falta de control del territorio congoleño por el Gobierno de Kabila, que no cumplió con la misión para la que fue colocado en el poder en Kinshasa (la contención de las incursiones militares de los rebeldes ugandeses, ruandeses y burundeses desde territorio congoleño), y por la no resolución del problema de la nacionalidad congoleña de los banyamulenges y su nueva persecución.

La tensión entre Kabila y sus aliados, y entre los “congoleños auténticos” y la “gente de nacionalidad dudosa” (los banyamulenges), alcanzó su punto más álgido con la decisión de los presidentes de Ruanda, Uganda y Burundi de no participar

⁵ Colette Braeckman, *L' enjeu congolais. L'Afrique centrale après Mobutu*, Fayard, París, 1999, p. 297.

en la cumbre celebrada en Kinshasa sobre seguridad regional ni tampoco en la de COMESA (Mercado Común del África Austral y Oriental), que coincidía con el aniversario de la toma del poder por Kabila. El impago de las “facturas” de la primera guerra, junto a la “despedida humillante” de los asesores militares ruandeses y ugandeses,⁶ condujeron a la segunda guerra el 2 de agosto de 1998, en el Kivu. A partir del 4 de agosto, mediante un espectacular puente aéreo de 1.500 kilómetros entre la ciudad de Goma (en el Kivu) y la base militar de Kitona (en la provincia del Bajo Congo, a 600 kilómetros de Kinshasa) los rebeldes ocuparon el suroeste del país. El objetivo era provocar la caída de la capital mediante la infiltración y la interrupción del suministro en la corriente eléctrica de la presa de Inga.

La guerra tiene los mismos protagonistas que la anterior, aunque con la novedad de que aquellos que antes eran los principales aliados de Kabila se han convertido hoy en sus peores enemigos, decididos a reanudar el proceso con el que derribaron a la dictadura de Mobutu.

Los estrategas ruandeses y ugandeses (Paul Kagame, James Kabarehe y Yoweri Museveni) cometieron tres graves errores en sus pretensiones de reeditar la primera guerra:⁷ subestimaron la capacidad de reacción y movilización de la población de Kinshasa, frustrada por la presencia de los “extranjeros” en el entorno del poder y, por lo tanto, profundamente antitutsi; no tuvieron en cuenta los intereses de los países del África Austral en el Congo, en particular Angola y Zimbabue; y no ofrecieron una clara alternativa al Gobierno de Kabila. Este último aspecto lo ilustra la creación de la Agrupación Congoleña por la Democracia (RCD), un movimiento que, a imagen de la AFDL, reúne todas las semillas para una explosión, no sólo por las importantes tensiones étnicas entre sus líderes sino por integrar a grupos insólitos a los que todo debería oponer, como los banyamulenges, los antimobutistas, los mobutistas, los decepcionados del kabilismo y la gente de la diáspora intelectual izquierdista. De una manera inesperada, Angola y Zimbabue intervinieron con tropas y armas pesadas, salvando *in extremis* el poder de Laurent-Désiré Kabila, que todo el mundo daba por perdido.

Cuerpos expedicionarios, señores de la guerra y mediaciones⁸

Desde el estallido del primer conflicto fue significativa la presencia de tropas extranjeras en el territorio congoleño, ilustrada por el enfrentamiento entre tropas gubernamentales angoleñas —al lado de la rebelión de Kabila— y los guerrilleros

⁶ Esta despedida fue una reacción a las acusaciones de la oposición congoleña, que consideraba a Kabila como un “rehén de Ruanda y Uganda”, y pretendía adelantarse a un golpe de Estado que preparaban los banyamulenges a instigación de estos dos países.

⁷ J-C. Willame, *L'odyssée Kabila. Trajectoire pour un nouveau Congo?*, Karthala, París, 1999, pp. 224.

⁸ Para más detalles, Mbuyi Kabunda Badi, *El nuevo conflicto del Congo. Dimensión, internacionalización y claves*, Casa de África (SIAL Ediciones), Madrid, 1999, pp. 33-42.

Los países vecinos han convertido al Congo en un campo de batalla para resolver sus problemas internos

de la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA) de Jonas Savimbi, que respaldaban a las tropas de Mobutu, en la decisiva batalla de Kenge, a 200 kilómetros de Kinshasa. Durante la segunda guerra, un ejemplo son los recientes enfrentamientos entre tropas ugandesas y ruandesas en la ciudad congoleña de Kisangani, en apoyo a las tendencias de la rebelión congoleña que ambos países apadrinan contra el Gobierno de Kabila.

Las fronteras orientales prácticamente han desaparecido y las tropas ruandesas, ugandesas y burundesas actúan libremente en el territorio congoleño, creando de hecho un territorio-colchón para combatir a los guerrilleros de sus respectivos movimientos rebeldes, que actúan a partir de este país. Dicho de otra forma, los países vecinos han convertido al Congo en un campo de batalla para resolver sus problemas internos: las tropas gubernamentales angoleñas contra la UNITA; las tropas del FPR contra las ex FAR y los *interahamwes*; las tropas ugandesas contra el Ejército Nacional para la Liberación de Uganda (NALU), las Fuerzas Democráticas Aliadas (ADF) y el Ejército de Liberación del Señor (LRA); y, por último, el ejército burundés contra la guerrilla hutu del Consejo Nacional para la Defensa de la Democracia (CNDD), de Léonard Nyagoma.

En este momento, al menos siete países están implicados directamente en el conflicto. Ruanda, Uganda y Burundi apoyan a la rebelión congoleña integrada por la RCD-Kisangani del profesor Ernest Wamba dia Wamba, la RCD-Goma del doctor Émile Ilunga y el Movimiento para la Liberación del Congo (MLC)⁹ de Jean-Pierre Bemba, dominado por las ex FAZ. Estos controlan juntos más del 50% del territorio nacional, en el norte, centro y este del país, consagrando una partición *de facto* del Congo. Angola, Zimbabue, Namibia y, hasta hace poco, Chad y Sudán, han enviado sus cuerpos expedicionarios al lado del Gobierno de Laurent-Désiré Kabila. De igual modo, actúan a favor o en contra de estos protagonistas directos las milicias antitutsis del Kivu (como los mayi-mayi, integrados mayoritariamente por los hunde, que apoyan a Kabila contra las fuerzas extranjeras y rebeldes congoleñas), y las guerrillas no congoleñas que luchan contra los Gobiernos de los países vecinos.

Razones de la africanización del conflicto: los recursos naturales

Angola, que tiene 8.000 efectivos militares en el Congo, ha intervenido por razones esencialmente políticas y militares, en una estrategia que pretende acabar con el santuario congoleño de la UNITA, que aún controla importantes áreas del país. La presencia de destacados mobutistas —aliados tradicionales de la UNITA— en la rebelión congoleña ha llevado a considerar a Kabila un mal menor, que se ha de apoyar e incluso “atar” para evitar la extensión del conflicto y la desestabilización del enclave de Cabinda, de donde procede el 70% de su producción petrolera. La

⁹ Uganda y Ruanda, en clara rivalidad para controlar la rebelión en función de sus intereses económicos y políticos nacionales, apoyan respectivamente a la RCD-Kisangani y al MLC, y a la RCD-Goma. Sin embargo, existen importantes intereses comunes que explican las iniciativas de ambos países para coordinar la lucha de los tres movimientos, con el fin de acabar con el poder de Kabila.

determinación de controlar el corredor congoleño de la UNITA y evitar su conexión con las zonas diamantíferas de la provincia congoleña del Kasai (amenazada por la rebelión) es otro aspecto de la intervención de Angola. Es decir, Angola apuesta por un Congo-Zaire estable y fuerte, capaz de impedir la utilización de su territorio por la UNITA y el Frente de Liberación del Enclave de Cabinda (FLEC).

Zimbabue, que ha hecho pasar sus tropas de 6.000 a 13.000 hombres en la actualidad, interviene a favor de Kabila para demostrar su independencia diplomática con respecto al liderazgo de la rival Suráfrica de Nelson Mandela, y para disuadir de sus ambiciones regionales al ugandés Yoweri Museveni y el ruandés Paul Kagame, nuevos aliados de Estados Unidos en la zona. Pero además, y sobre todo, para permitir a los altos cargos militares, y a algunos miembros del Gobierno y de la familia presidencial, conseguir a cambio importantes contratos de explotación del cobalto y los diamantes en el Congo.¹⁰

Para Namibia, con una presencia simbólica de 2.000 hombres, la intervención en el Congo se explica por solidaridad con Angola y Zimbabue —que le ayudaron en la lucha contra la ocupación de la Suráfrica del *apartheid*— y con un miembro de la Comunidad de Desarrollo del África Austral (*South African Development Community*, SADC) agredido por los países vecinos.

En cuanto a los países que apoyan a la rebelión congoleña (Uganda con 9.000 soldados; Ruanda con 10.000 y Burundi con 2.000, respaldados militarmente por Estados Unidos), es evidente la razón de asegurar sus territorios. A ello hay que añadir los importantes recursos económicos que estos países y sus ejércitos de ocupación obtienen con la presencia en el Congo y el hecho de que están decididos a evitar que este país recupere su hegemonía regional de décadas anteriores.

La más importante divergencia entre Ruanda y Uganda, sobre el conflicto congoleño, es que la primera está decidida a reeditar la operación de 1996-97 con la que llevó a Kabila al poder, y a mantener sus tropas en el Congo mientras que sigan en este país las milicias *interahamwes*, integradas por unos 30.000 efectivos. Se trata un planteamiento con tintes colonialistas, aunque comprensible: la instauración de un régimen aliado en Kinshasa es fundamental para la propia supervivencia del Gobierno ruandés, que se siente traicionado por el “regionalismo katangueño” de Kabila (éste no ha dudado en aliarse con sus peores enemigos: los genocidas *interahamwes* y los mayi-mayi). Por lo contrario, Uganda es partidaria de un consenso nacional entre todos los congoleños para el reparto del poder, como única manera de asegurar la estabilidad de este país y de la región. De ahí su hostilidad a la victoria militar de un solo grupo congoleño.

Otro aspecto, no menos importante, es que los ejércitos de ocupación de ambos países quieren asegurarse cada uno el monopolio de las riquezas en el territorio congoleño que controlan, en particular los diamantes, el oro, el café y el marfil —productos y piedras preciosas sustraídos del Congo y de los que se han convertido en los principales exportadores de la zona—,¹¹ además del saqueo sis-

¹⁰ R. I. Rotberg, “Africa’s Mess Mugabe’s Mayhem”, en *Foreign Affairs*, septiembre-octubre de 2000, p. 53.

¹¹ F. Reyntjens, *La guerre des Grands Lacs. Alliances mouvantes et conflits extraterritoriaux en Afrique centrale*, L’Harmattan, París, 1999, p. 172.

La duración de este conflicto insólito se explica sobre todo por la firme voluntad de las partes implicadas de controlar las riquezas del país, en particular los diamantes

temático de las empresas, bancos, fábricas y depósitos de mercancías de las provincias orientales de este país, cobrando a su manera las “deudas de guerra” que Kabila no supo honrar en su momento.

Es preciso recordar que los aliados del Gobierno de Kabila, pagados también con los recursos naturales del país (Angola controla la explotación y comercialización del petróleo de Moanda, Zimbabue el cobre y cobalto de la compañía minera Gécamines y Namibia los diamantes del Kasai), están enfrentados a graves problemas internos y han comenzado a replantearse la presencia de sus tropas en el territorio congoleño. A Zimbabue, el coste humano y financiero de su intervención en el Congo —200 millones de dólares al mes— le está produciendo resultados políticos contrarios de lo esperado, mientras que Angola y Namibia tienen bastante con la desfavorable situación económica y la desestabilización interna, a manos respectivamente de la UNITA y del Movimiento de Liberación de la Franja de Caprivi.

La duración de este conflicto insólito se explica sobre todo por la firme voluntad de las partes implicadas de controlar las riquezas del país, en particular los diamantes. Prueba de ello es que Laurent-Désiré Kabila, tras perder la ciudad de Kisangani, ha concentrado sus tropas en la capital del Kasai, Mbuji-Mayi, cuyos diamantes le permiten financiar la guerra. Las fuerzas rebeldes y sus aliados están convencidos, acertadamente, de que la caída del régimen de Kabila pasa por el control de esta ciudad que, por lo tanto, sitian constantemente para privar al Gobierno de Kinshasa de su principal fuente de financiación.¹²

En definitiva, y siguiendo a Olivier Lanotte,¹³ si las intervenciones de Ruanda, Uganda, Burundi y Angola se explican por razones de seguridad —en particular, impedir el uso del territorio congoleño por parte de sus movimientos de rebelión—, la implicación de barones, hombres de negocios y altos cargos militares de los Gobiernos de estos países en el tráfico ilícito y el saqueo de recursos naturales del Congo pone de manifiesto el carácter fundamentalmente económico de esta guerra, en la que las intervenciones africanas han sustituido a las europeas o estadounidenses de las décadas anteriores.

Los acuerdos de Lusaka o las difíciles mediaciones africanas

Desde que estalló el conflicto, en octubre de 1996, los dirigentes africanos se movilizaron —en particular los de la SADC y los enviados especiales de la OUA— para mediar o encontrar una solución basada en una concepción africana de los conflictos.¹⁴ En este contexto, se sucedieron varias cumbres y casi

¹² B. Mwamba, “RDC: Par ici les diamants”, *Jeune Afrique Economie*, 18 de septiembre al 1 de octubre de 2000, pp. 30-32; M. Roche, “Les pierres du Congo-Kinshasa excitent toutes les convoitises”, *Le Monde*, 7 de julio de 2000, p. 4.

¹³ O. Lanotte, “Les rivalités occidentales en Afrique centrale-De Berlin à Kolwezi, de Fachoda à Kisangani”, en Olivier Lanotte, Claude Roosens y Caty Clément (dir), *La Belgique et l’Afrique centrale. De 1960 à nos jours*, GRIP-Éditions Complexe, Bruselas, 2000, p. 66.

¹⁴ A. Ould-Abdallah, “La diplomatie africaine face aux conflits de la région des Grands Lacs”, en *Politique Africaine*, nº 68, Karthala, diciembre de 1997, París, p. 28.

todas fracasaron por la intransigencia, la irresponsabilidad y la irracionalidad de los dirigentes de la zona y de los señores de la guerra, exceptuando la cumbre de Lusaka, donde las partes implicadas firmaron los acuerdos de paz en julio-agosto de 1999 (los Gobiernos de Angola, Congo, Namibia, Ruanda, Uganda y Zimbabue los firmaron en julio y los tres grupos de la rebelión armada lo hicieron en agosto).

Los acuerdos de Lusaka, patrocinados por la OUA, la SADC y la ONU, plantean las causas del conflicto congoleño en el marco global de la crisis de la región de los Grandes Lagos, enfatizando los factores nacionales y regionales:¹⁵ la crisis del Estado y de gobernabilidad desde la década de los noventa en el Congo-Zaire; la no neutralización de los genocidas de 1994, es decir de las ex FAR y de los *interahamwes*; y la exportación de los conflictos de los países vecinos hacia la RDC, creando el caldo de cultivo para la desestabilización de este país. En estos acuerdos se planteó una serie de recomendaciones para la resolución del conflicto: la retirada de las tropas extranjeras del territorio congoleño y la incorporación de todas las fuerzas de este país a un ejército nacional para impedir la partición del Congo; las negociaciones intercongoleñas y el debate entre todas las fuerzas políticas nacionales, sin exclusión, para la reconciliación nacional —incluyendo también a los partidos políticos de la oposición no armada y a la sociedad civil—; la colaboración de todos los países de la zona en el mantenimiento de la seguridad común y su compromiso de no apoyar fuerzas negativas y subversivas de desestabilización de sus vecinos, en particular del Congo, mediante la resolución pacífica de los conflictos fronterizos; la neutralización de los genocidas de 1994 diseminados en los países de la zona y, por último, el desarme de todas las milicias y grupos armados que actúan en el Congo.

En resumen, los acuerdos de Lusaka exigen el alto el fuego, la retirada de todas las tropas extranjeras, el diálogo intercongoleño, el desarme de las milicias y la creación de una Comisión Militar Mixta (JMC), encargada de velar por el respeto del alto el fuego.

Sin embargo, dichos acuerdos no resolvieron problemas fundamentales como el órgano o la persona que debería mediar en el debate entre los congoleños; la actitud que deberían adoptar los aliados del Gobierno de Kinshasa en caso de que éste se negara a crear el Gobierno de transición que exigen tanto la oposición armada como la pacífica; las funciones de la fuerza de mantenimiento de la paz confiada a la ONU y los países que deberían integrar dicha fuerza, en el caso de negarse al desarme voluntario y la repatriación las milicias y las guerrillas no congoleñas (en particular las ex FAR y los *interahamwes*); la actitud que habrían de adoptar las tropas ruandesas, ugandesas y los aliados del África Austral de Kabila; la financiación de las actividades de la JMC y su ámbito de operación, y la posibilidad de llevar ante los tribunales a los responsables del genocidio y los crímenes contra la humanidad en el conflicto de los Grandes Lagos.¹⁶

¹⁵ T. Mwayila, "Ambitions rivales dans les Grands Lacs", *Manière de voir*, n° 51, mayo-junio de 2000, p. 25.

¹⁶ H. Wolpe, "The Great Lakes Crisis: An American View", en *South African Journal of International Affairs*, n° 1, vol. 7, Braamfontein, verano de 1997, p. 33.

En otras palabras, los acuerdos de Lusaka contenían los gérmenes de su propia violación por varias razones: pedir la supervisión de la retirada de los beligerantes por los propios beligerantes; el desarme de los innumerables grupos armados que actúan a partir del territorio congoleño contra los países vecinos; la estabilización de las fuerzas sobre el terreno otorgando, de este modo, una legitimidad de hecho a los beligerantes armados; la exclusión de las negociaciones de la oposición interna pacífica y la sociedad civil, que representan los verdaderos intereses del pueblo congoleño; y, por último, el confiar la misión de supervisión de la paz a las tropas de la ONU, cuyos fracasos en la intermediación en otros países africanos no hablan a su favor (Angola, Ruanda, Somalia, Sierra Leona) y que afrontan mayores dificultades aún en un país enorme, sin infraestructuras y donde el Estado prácticamente ha desaparecido, como en el caso del Congo.

Estas lagunas, que consagran la impunidad, explican la violación o la no aplicación de los acuerdos de Lusaka por los contendientes. El Gobierno de Kinshasa¹⁷ no sólo ha lanzado una ofensiva de gran envergadura contra el MLC de Bemba y ha creado unilateralmente un Parlamento de transición (en clara contradicción con los acuerdos de Lusaka, ya que debería haber nacido del diálogo intercongoleño) sino que, además, en la cumbre convocada por la SADC en agosto de 2000 en Lusaka, el presidente Kabila se negó al despliegue de los 500 observadores militares y los 5.000 cascos azules de la Misión de Observación de las Naciones Unidas en el Congo (MONUC) en la zona controlada por las fuerzas gubernamentales y en las zonas rebeldes en las que han de encargarse de la seguridad, y rechazó la mediación en el diálogo intercongoleño del ex presidente de Botsuana, Kethumile Masire, enviado especial de la OUA, por considerarle favorable a las tesis de la oposición.

Tampoco respetaron los acuerdos Ruanda y Uganda, que no retiraron del todo sus tropas del Congo y se enfrentaron tres veces en la ciudad congoleña de Kisangani (en agosto de 1999 y en abril y junio de 2000) con un importante número de víctimas entre los civiles congoleños. Esto a pesar de que Ruanda se había retirado a unos 200 kilómetros de dicha ciudad, que Uganda aceptó la reducción a la mitad de sus tropas en el Congo, y que ambos países permitieron la presencia de la delegación de la MONUC en Kisangani y Goma.

Las fuerzas rebeldes cometen graves violaciones de los derechos humanos en la zona que controlan (Kavumu, Gihamba, Kasika, Kasenga, Mboko y Makobolo, etc.). De igual modo, las tropas gubernamentales destacan por la represión, las matanzas, las ejecuciones extrajudiciales y los bombardeos ciegos de las poblaciones civiles acusadas de colaboración con los grupos armados y sus aliados. De ahí la indignación de la alta comisaria de Naciones Unidas para los derechos humanos, Mary Robinson, que denunció el 3 de octubre en Kinshasa la violación de los derechos humanos en el conjunto del territorio de la RDC.

¹⁷ Según algunos comentaristas, Kabila firmó dichos acuerdos a su pesar, para ganar tiempo y evitar la inminente caída de Mbuji-Mayi, la capital de los diamantes. Su ciudad natal, Manono, en el norte de la provincia del Katanga, acababa de caer unos días antes en manos de las fuerzas rebeldes.

El resultado de todo ello es la no aplicación de los acuerdos de Lusaka. Kabila expresó su claro desprecio hacia ellos al decidir entablar directamente negociaciones bilaterales con Ruanda, Uganda y Burundi, aunque cambiaría de opinión al día siguiente tras entrevistarse con el enviado especial de Kofi Annan, el antiguo presidente de Nigeria, general Abubakar Abdulsalami. En definitiva, los acuerdos de Lusaka consagran la legitimidad de los rebeldes y la satisfacción de todas las exigencias de Ruanda. Es decir, son demasiado desfavorables para Kabila como para ser efectivos.

El sistema Kabila

El sistema de Kabila se ha perfilado claramente tras la autonomización de sus aliados banyamulengues, ruandeses y ugandeses para apoyarse en los países de la SADC, y después de las iniciales y tremendas rivalidades entre los ruandeses, katangueños y kasaianos de su entorno,¹⁸ entre los cuales intentaba mantener un cierto equilibrio. Dicho sistema se fundamenta en círculos concéntricos dibujados en el sentido centro-periferia.

El primero —o círculo central, por estar integrado por el entorno inmediato del jefe de Estado— está compuesto por los fieles e incondicionales de Kabila. Es fundamentalmente étnico y dominado por los balubas de Katanga (los balubakat, la etnia del presidente), que ocupan los puestos clave de los ministerios de Interior y Justicia, el ejército, los servicios de seguridad, las zonas estratégicas de desarrollo y el Banco Central. Ciertos amigos izquierdistas y swahillparlantes de la diáspora forman parte de este círculo, como Abdoulaye Yerodia Ndombasi, el ministro de Exteriores, y Victor Mpoyo, ministro de Economía y del Petróleo, que disponen de la confianza total de Kabila. Esto le da un carácter aparentemente multiétnico.

El segundo lo ocupan los oriundos de las demás etnias de la provincia de Katanga. Algunos de ellos, pese a haber colaborado con el régimen de Mobutu y tener claras responsabilidades en el saqueo del país, nunca han sido molestados.

El tercer círculo lo componen los hijos de los líderes de la primera República (1960-1965), sobre todo de los partidos nacionalistas y de algunos miembros de la etnia tetela (la de Patrice Lumumba, cuya herencia política reivindica el régimen). Con ello se pretende dar una cierta legitimidad histórica al régimen, en torno al nacionalismo lumumbista.

En cuanto al cuarto círculo, está integrado esencialmente por los kasaianos y los oriundos de Kinshasa —miembros de partidos de la oposición cooptados— que ocupan los demás puestos ministeriales. Es el círculo más inestable, y sus integrantes son sometidos a castigos del poder en las operaciones “manos limpias”, que quieren dar la impresión de luchar contra la corrupción, impune durante el mobutismo.

El círculo periférico, el más numeroso y multiétnico, está compuesto por supervivientes de la primera República, algunos mobutistas recuperados o arrepentidos, personalidades populares de las provincias o de la sociedad civil y

Los acuerdos de Lusaka consagran la legitimidad de los rebeldes y la satisfacción de todas las exigencias de Ruanda

¹⁸ M-F. Cros, “Les défis à relever par Kabila”, VV. AA., *Kabila prend le pouvoir*, GRIP-Éditions Complexe, Bruselas, 1998, p. 168.

artistas, incorporados a la comisión constitucional y nombrados en el Parlamento de transición. El objetivo es dotar al régimen con una aparente base social y popular.

Dicho de otra manera, se ha dado paso a un poder nepotista y clientelista, cuya única preocupación es la confiscación del poder por todos los medios, incluso por la guerra, a la que se dedican todos los recursos del país. El *amateurismo*, las improvisaciones y contradicciones caracterizan al nuevo poder, que no ha celebrado ningún juicio a autores de crímenes políticos y económicos (incluidos los asesinos de Lumumba y Pierre Mulele, conocidos por todos),¹⁹ ya que muchos de los dignatarios del nuevo régimen no tienen tampoco las manos limpias.

En varios aspectos, el sistema instaurado por Kabila —que se benefició de un excepcional capital de simpatía de la comunidad internacional durante su guerra de liberación— no se diferencia del de Mobutu, cuyos rasgos esenciales fueron la megalomanía, la cleptocracia o la depredación, el nepotismo y la corrupción.

No se han producido cambios sustanciales desde la caída de Mobutu, si exceptuamos la reducción drástica de la inflación y la reforma monetaria, iniciada en junio de 1998 y torpedeada por la actual economía de guerra. Kabila ha mantenido las mismas prácticas que el presidente saliente, concentrando en sus manos todos los poderes e incluso batiendo un récord de abusos para sentar su sistema de Gobierno. Es decir, se trata de un retorno a los métodos mobutistas. Esto es tan evidente que algunos observadores no dudan en hablar de un “mobutismo sin Mobutu”, de “Mobutu bis”, de “Kabila peor que Mobutu” o de “Kabila, el doble de Mobutu”.²⁰ Es habitual la cooptación de adversarios políticos y la encarcelación de otros; la intimidación de ministros detenidos un día y liberados al siguiente, no por los tribunales competentes sino por los servicios de seguridad, controlados directamente por Kabila; la persecución de las asociaciones de defensa de derechos humanos y de los periodistas; la detención de los líderes de la oposición; la estrategia de “dividir para reinar”; la recuperación y rehabilitación de los mobutistas “útiles”; la ausencia de un presupuesto estatal transparente; la imposición de los Comités del Poder Popular, convertidos en partido único de hecho; el despido de 315 jueces acusados de “corrupción e inmoralidad”; la organización unilateral del debate nacional, en el que, de 181 invitados, sólo se previeron dos puestos para los rebeldes; el nombramiento por decreto de los miembros de la Asamblea constituyente y legislativa (Parlamento de transición), etc.

Como insinuó el relator especial de la comisión de derechos humanos de la ONU, Kabila no tiene nada que envidiar a Mobutu en esta materia. Ninguno de los problemas heredados del mobutismo ha conocido un inicio serio de solución: la destrucción de las infraestructuras del país, la inmoralidad y corrupción de la clase política y el profundo marasmo económico. La dictadura de Mobutu

¹⁹ L. Martens, *Pierre Mulele ou la seconde vie de Patrice Lumumba*, EPO Dossier International, Amberes, 1987; L. De Witte, *L'assassinat de Lumumba*, Karthala, París, 2000.

²⁰ Véanse al respecto E. Boissonnade, *Kabila clone de Mobutu?*, Editions Moreux, París, 1998, p. 375 y ss; H. N'Gbanda Nzambo, *Ainsi sonne le glas! Les derniers jours du Maréchal Mobutu*, Editions Gideppe, París, 1998, pp. 361-362.

ha dejado paso a un nuevo régimen dictatorial. En definitiva, según subraya Tshiyembe Mwayila,²¹ el kabilismo es una mezcla de mesianismo arcaico, populismo, despotismo, incompetencia, irresponsabilidad, corrupción y miopía política.

Perspectivas del conflicto

Se impone la creación de un nuevo orden político en el Congo, que comience por la reconstrucción del Estado y de un ejército nacional. Su colapso explica la violación a gran escala de los derechos humanos y la profundización de la miseria de amplias capas de la población, a las que el Estado represivo es incapaz de suministrar servicios básicos.

Ante la desaparición del Estado, la ONU, la OUA y los propios congoleños deben poner en marcha ciertas actuaciones. La ONU debe dotarse de medios adecuados para llevar a cabo una operación de mantenimiento de la paz, supervisar el alto el fuego, la retirada de las tropas extranjeras y el desarme de las diferentes milicias, congoleñas y extranjeras, y llevar ante los tribunales a los autores de los crímenes contra la humanidad. La OUA ha de encargarse del diálogo intercongoleño facilitando mediadores, en colaboración con las fuerzas implicadas. Y en cuanto a los congoleños, deben crear las bases de un Estado de derecho a través de un proceso de reconciliación nacional que sienta las bases de la reconstrucción del Estado, la construcción de la nación y la gobernabilidad, con la ayuda de la comunidad internacional y de los países africanos con experiencia en la materia, como Suráfrica, Egipto y Nigeria.

Para todo ello será fundamental, también, un cambio de actitud en los aliados del Gobierno de Kinshasa, que deben revisar su apoyo y obligar a Kabila a flexibilizar su postura, con el fin de instaurar el diálogo intercongoleño, dar a la ONU la posibilidad de jugar un papel en la resolución del conflicto y permitir a las organizaciones humanitarias socorrer a las poblaciones civiles y a los refugiados, cada vez más numerosos (huyen de las zonas de combate y no tienen acceso a ninguna ayuda humanitaria).

Previamente, los principales dirigentes de la zona deben superar su desconfianza hacia la ONU, sobre todo Kabila (reticente por la implicación de la organización mundial en el asesinato de Patrice Lumumba en 1961) y Paul Kagame (por su pasividad en el genocidio de 1994).

El problema más grave son los términos raciales e ideológicos en que se está planteando el problema del conflicto del Congo, reducido a una lucha entre los bantúes del África Central y los tutsis nilóticos del África de los Grandes Lagos, y entre los nuevos líderes proestadounidenses del África de los Grandes Lagos y los antiguos líderes marxistas del África Austral.

Tras la gestión catastrófica de Mobutu Sese Seko y la no menos desastrosa de Laurent-Désiré Kabila, algunas voces han empezado a cuestionar la capacidad de la clase política congoleña y a exigir que se asocie a extranjeros y africanos en la gestión de este subcontinente, dando la razón al profesor Van Bilsen,

²¹ T. Mwayila, *ibidem*, p. 25.

La indiferencia actual de la comunidad internacional explica en parte la continuación de esta guerra, que reúne todas las condiciones para prolongarse por las lógicas vigentes de guerra y cultura de la impunidad

que ya en 1955 propuso un “plan de 30 años” para la preparación de los congoleños de cara a la independencia. Si este plan se hubiera llevado a cabo, hubiera evitado mandatarios-monstruo como Mobutu Sese Seko o su sucesor, cuyo único objetivo es mantenerse en el poder a costa del hundimiento del pueblo en la miseria y los sufrimientos humanos. El plan Van Bilsen fue rechazado en la época por los medios colonialistas belgas por considerarlo excesivamente progresista, y por los nacionalistas congoleños que lo tacharon de conservador y neocolonialista. Sin embargo, hubiera evitado 40 años de destrucción y autodestrucción.

Esta propuesta —susceptible de herir el orgullo nacionalista de muchos congoleños, pese a expresar una parte de la verdad— lleva a plantear el verdadero problema de este país, que tiene la mala suerte de ser un subcontinente con múltiples fronteras y un prodigio en recursos naturales minerales y agrícolas, que nunca han beneficiado a sus ciudadanos sino a los colonizadores, neocolonialistas y a la pequeña burguesía aliada con los intereses extranjeros, mediante la concentración del poder en manos de una persona o un clan. Sólo un genuino federalismo puede permitir respetar la diversidad cultural de este país, facilitar la gestión por las distintas nacionalidades de sus riquezas y destino, y su participación efectiva y directa en los asuntos locales, para evitar que el poder nacional caiga en manos de personas poco preparadas, como ha sucedido en las cuatro últimas décadas.

En esta línea, el profesor Ndomdoboni Lobali²² —quien atribuye acertadamente la permanente crisis congoleña a la inversión de valores y la incultura de los políticos— confía a los intelectuales la misión de educarles y formarles con sus análisis, con el objetivo final de dotarles con una cultura democrática antes de confiarles cargos públicos.

La indiferencia actual de la comunidad internacional explica en parte la continuación de esta guerra, que reúne todas las condiciones para prolongarse por las lógicas vigentes de guerra y cultura de la impunidad. Para Kabila, no se debe negociar con los agresores e invasores, y para los señores de la guerra las negociaciones, en caso de celebrarse, han de centrarse en el abandono del poder por Kabila. Se trata, en suma, de planteamientos excluyentes e irreconciliables.

La comunidad internacional, y la SADC en particular, deben implicarse y exigir la aplicación de los acuerdos de Lusaka (tras corregir sus insuficiencias), para devolver la palabra al pueblo congoleño y permitirle decidir su destino y elegir democráticamente a sus dirigentes. Un proceso que se ha de recomendar, también, a los demás países de la zona. Esto debe acompañarse de la celebración, en tribunales internacionales, de juicios a todos los autores de limpiezas étnicas y genocidios en la región, para poner fin a la impunidad-inmunidad y a la “politique

²² L. E. Ndomdoboni, “Le rôle de la politique dans le redressement de la situation de la crise au Congo”, en *Revue de la F.A.S.E.*, nº especial, Université Protestante du Congo, Kinshasa, 1998, pp. 182-183.

²³ A. Mbembe, “Esquisses d’une démocratie à l’africaine”, *Le Monde diplomatique*, octubre de 2000, p. 20.

du pire", que explica que los Gobiernos y los señores de la guerra se disputen el monopolio de la violencia legítima para la conquista o conservación del poder.²³ Esta política es responsable del fracaso de las negociaciones de paz y caldo de cultivo para futuras guerras. En definitiva, se impone una nueva concepción del poder por parte de la clase dirigente congoleña, que debe dejar de considerar este país como una finca privada o tribal.